

Letras Hispanas

Volume 12, 2016

SPECIAL SECTION: Intimidad y política en la literatura y el cine latinoamericanos contemporáneos

TITLE: Escrituras del yo y políticas de la memoria: Recepción y circulación de los textos de Lurgio Gavilán y José Carlos Agüero

AUTHOR: Claudia Salazar Jiménez

E-MAIL: claudiasalazarjimenez@gmail.com

AFFILIATION: Brooklyn College-CUNY; 2900 Bedford Avenue; Brooklyn, NY, USA 11210

ABSTRACT: The narratives that reconstruct the years of political violence in Peru are increasingly assuming a more important role in the national politics of memory. In this article, I propose to analyze the intersections and tensions between the writings of the self and the politics of memory generated by this texts: *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia* by Lurgio Gavilán (2012), and *Los rendidos* by José Carlos Agüero (2015). Gavilán develops a vital journey that circulates through the main groups and institutions of Peru's internal armed conflict (1980-2000): Sendero Luminoso, the army, and the church. On the other hand, Agüero explores his memoirs from an unprecedented place in the Peruvian narrative: the son of the terrorists. My analysis focuses on the discursive construction of these subjectivities and the validation processes that both have been through in academia, mass media and the public opinion. These processes reveal the special status of the writing of the self as strategies of validation and, at the same time, as a strategy to critic some official discourse and their crosses with politics.

KEYWORDS: Politics of Memory, Writing of the Self, Peru, Internal War, Lurgio Gavilan, Jose Carlos Aguero

RESUMEN: Las narrativas que reconstruyen los años de la violencia política en el Perú están asumiendo cada vez un rol más importante dentro de las políticas de la memoria nacionales. En este artículo, propongo analizar los cruces y tensiones entre las escrituras del yo y las políticas de la memoria que han generado los textos: *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*, de Lurgio Gavilán (2012), y *Los rendidos* de José Carlos Agüero (2015). Gavilán muestra un recorrido vital que circula por los grupos e instituciones centrales del conflicto armado interno peruano (1980-2000): Sendero Luminoso, el Ejército y la Iglesia. Por otro lado, Agüero explora sus memorias desde un lugar inédito en la narrativa peruana: el ser hijo de senderistas. Mi análisis se enfoca en la construcción discursiva de estas subjetividades y los procesos de validación de los que han sido objeto en diversos círculos académicos, literarios y la opinión pública. Estos procesos ponen en evidencia el estatuto particular de las escrituras del yo como estrategia de validación o crítica de algunos discursos oficiales y sus cruces con la política.

PALABRAS CLAVE: políticas de la memoria, escrituras del yo, guerra interna, Lurgio Gavilán, José Carlos Agüero

BIOGRAPHY: Claudia Salazar Jiménez es Profesora en Brooklyn College. Su trabajo de investigación se enfoca actualmente en las subjetividades contemporáneas, con especial énfasis en las escrituras del yo, las políticas de la memoria y los cruces entre género y violencia política. Sus intereses académicos incluyen también la literatura y la cultura peruanas y latinoamericanas de los siglos XX y XXI, la cultura visual y las sexualidades. Ha publicado las antologías *Escribir en Nueva York. Antología de narradores hispanoamericanos* (2014) y *Voces para Lilith* (2011). Ha colaborado en diversas publicaciones académicas y ha sido invitada como conferencista principal en varios congresos internacionales.

Escrituras del yo y políticas de la memoria: Recepción y circulación de los textos de Lurgio Gavilán y José Carlos Agüero

Claudia Salazar Jiménez, Brooklyn College-CUNY

En los primeros años del siglo XXI la literatura peruana, especialmente la narrativa, ha experimentado una eclosión de variadas formas y géneros discursivos que han llevado a cabo elaboraciones bastante sofisticadas sobre diversas problemáticas de la realidad nacional y, especialmente, de los años del conflicto armado interno (1980-1992). Fiel a su arraigada tradición, en el Perú la literatura no es solamente un documento estético sino una manera de reflexionar y cuestionar los discursos oficiales. Las narrativas que reconstruyen los años de la violencia política en el Perú están asumiendo cada vez un rol más importante dentro de las políticas de la memoria nacionales. Si bien los discursos ficcionales fueron los que iniciaron estos procesos de representación desde los mismos años 80, en los últimos años han aparecido en el mercado editorial peruano diversas propuestas a partir de las *escrituras del yo*.

En este artículo, propongo examinar los vínculos entre intimidad y política a partir del análisis de los procesos de circulación y recepción de dos textos que han generado intensas discusiones en los años más recientes: *Memoria de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*, de Lurgio Gavilán (2012), y *Los rendidos. Sobre el don de perdonar* de José Carlos Agüero (2015).

La importancia de ambas publicaciones radica en las nuevas subjetividades que hacen ingresar a los discursos de memoria. A través de su narrativa autobiográfica, Gavilán muestra un recorrido vital que circula por los grupos e instituciones centrales del conflicto

armado interno peruano (1980-2000): Sendero Luminoso, el ejército y la iglesia, hasta su arribo en México como estudiante doctoral de antropología. Por otro lado, José Carlos Agüero explora sus memorias desde un lugar inédito en la narrativa peruana: el hijo de senderistas. Ambos textos construyen subjetividades a la vez que expresan una intimidad atravesada por diversas identidades. Se trata de subjetividades que lograron sobrevivir en una etapa histórica del Perú desbordada por la violencia y que se construyen como una autoetnografía que permiten otra (e inédita) de conocer la cotidianidad de senderistas y soldados.

Confesiones y política

Además de los modos en que Lurgio Gavilán y José Carlos Agüero piensan y presentan su lugar de enunciación, es necesario analizar las maneras en que ambos textos han circulado en el Perú y fuera de él, así como los procesos de recepción en diversos círculos académicos, literarios y la opinión pública. Estos procesos ponen en evidencia el estatus particular de las escrituras del yo como estrategia de validación o crítica de algunos discursos oficiales sobre el conflicto armado interno. La exposición y evaluación de estas disputas por la memoria, pone en evidencia también las tensiones de lo que se entiende por esa nación siempre en proceso que es el Perú y su construcción desde los discursos narrativos y sus cruces con la política.

La legitimación de las escrituras del yo es un fenómeno global y ha sido estudiado desde diversos puntos de vista, a la vez que éstas se configuran como un lugar de enunciación que permiten explorar las intersecciones de diversos discursos culturales. Como lo ha manifestado Paula Sibilia:

En medio de los vertiginosos procesos de globalización de los mercados, en el seno de una sociedad altamente mediatizada, fascinada por la incitación a la visibilidad y por el imperio de las celebridades, se percibe un desplazamiento de aquella subjetividad 'interiorizada' hacia nuevas formas de autoconstrucción. (28)

En efecto, el Perú no se encuentra fuera de esta ola global, que le ha caído en un momento en que el Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), publicado en 2003, comienza a recibir diversos cuestionamientos. Esta confluencia es un factor importante en la recepción de los libros que nos ocupan.

Nelly Richard se refiere a este contexto como el *mercado de las confesiones* y remarca los vínculos entre lo íntimo y lo político:

Este nuevo mercado de lo confesional en el que participan biografías, autobiografías y testimonios de personajes públicos, se vale del compulsivo voyeurismo social para someter la interioridad no confesada del sujeto a la extroversión mediática. El mundo de la política también se deja tentar por estos juegos de simulaciones y disimulos entre lo privado y lo público. (29)

Frente al estatuto letrado e incompleto del Informe Final de la CVR y las políticas de Estado que refrendan un discurso oficial unívoco, la necesidad de escuchar otras voces surgió con una fuerza inusitada en el contexto peruano a principios del nuevo siglo. Beatriz Sarlo ha llamado a este momento el *giro subjetivo*:

[...] la actual tendencia académica y del mercado de bienes simbólicos que se propone reconstruir la textura de la vida y la verdad albergadas en la rememoración de la experiencia, la revaloración de la primera persona como punto de vista, la reivindicación de una dimensión subjetiva, que hoy se expande sobre los estudios del pasado y los estudios culturales del presente, no resultan sorprendentes. Son pasos de un programa que se hace explícito, porque hay condiciones ideológicas que lo sostienen. (21-22)

En efecto, las condiciones económicas y políticas de los últimos veinte años en el Perú se han sostenido en un programa de economía neoliberal que aumentó la circulación de bienes y servicios, lo que en algunos medios se dio en llamar "el milagro económico peruano." La particularidad del caso peruano subyace en el cruce de esta revaloración de la primera persona, de las escrituras del yo, con las tensiones que aún existen después del conflicto armado y que se sitúan en el campo de las batallas por la memoria. Es en este contexto que se publican *Memorias de un soldado desconocido* y *Los rendidos*.

Construyendo y escuchando al niño senderista

En octubre de 2012, se publicó en Perú y en México el libro del antropólogo peruano Lurgio Gavilán, titulado: *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*. El libro de Gavilán se presenta como una narrativa autobiográfica que muestra su recorrido vital durante los años del conflicto armado interno en el Perú. Este recorrido circula por los grupos e instituciones centrales del conflicto armado interno: Sendero Luminoso, el Ejército y la Iglesia. A los pocos meses de su publicación, debido a diversas reseñas muy favorables, el libro se

agotó rápidamente y hasta el momento ha sido objeto de varias reimpressiones. Elizabeth Jelin ha señalado que:

la memoria como construcción social narrativa implica el estudio de las propiedades de quien narra, de la institución que le otorga o niega poder y lo/a autoriza a pronunciar las palabras, ya que, como señala Bordieu, la eficacia del discurso performativo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia. Implica también prestar atención a los procesos de construcción del reconocimiento legítimo, otorgado socialmente por el grupo al cual se dirige. La recepción de palabras y actos no es un proceso pasivo sino, por el contrario, un acto de reconocimiento hacia quien realiza la transmisión. (96)

Desde este punto de vista, es posible aproximarse a *Memorias de un soldado desconocido* como un discurso autobiográfico que integra la construcción social de la memoria sobre el conflicto armado interno.

Lurgio Gavilán inicia sus *Palabras preliminares* con una admonición: “Escribo esta historia para recuperar mi memoria; y también para que nunca vuelva a ocurrir algo así en el Perú” (49). Luego continúa con una cita en latín para referirse a una profesora (de la cual no indica el nombre) que lo inspiró a escribir la historia de su vida, mientras estudiaba en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. Después de hacerse varias preguntas referidas a sus dudas sobre la validez de escribir la historia de su vida, Gavilán recurre a una cita de Mariátegui para señalar que será su propia obra que lo justifique. En este recorrido que va de los estudios religiosos hacia el mundo letrado peruano, se inicia el relato. Señala también que: “No es una historia de violencia, sino relatos de vida cotidiana carentes de dramatismo y de partidismo político” (49). Gavilán muestra su historia como algo puramente cotidiano, apelando a

una sencillez que estaría fuera de lo ideológico, acorde con el sentir de la época. Líneas más adelante, en consonancia con su reclamo de neutralidad ideológica, indica:

De ningún modo busco justificar las atrocidades cometidas por SL [Sendero Luminoso] y el Ejército peruano, solo relato los hechos tal como ocurrieron. Para quien escribe, son todos los días de recuerdo, como si ayer mismo hubiera estado en esas escenas de la vida. Muchos azares de la suerte de un soldado desconocido se podían contar, sin embargo, aquí no está plasmado todo quizá porque los recuerdos son lejanos y algunos de menos importancia (50).

La selección de los momentos que serán recordados y escritos es un mecanismo fundamental en la construcción de las narrativas del yo, pues constituyen al sujeto que escribe. Desde el inicio, la situación de enunciación que plantea Gavilán es la de rememoración de diversas etapas de su vida durante un momento histórico muy difícil. Como lo señala Leonor Arfuch, estas narrativas, en su intento de elaborar las vivencias pasadas, constituyen una construcción donde el lenguaje no solo hace *volver a decir* sino que también hacen *volver a vivir*, especialmente en el caso de vivencias traumáticas (76).

Es en este *volver a vivir* donde Gavilán ubica su situación de enunciación, pues orientará la construcción del relato a buscar cierta empatía de los lectores con la experiencia que le tocó vivir. Para ello, busca referirse a esa cotidianidad a la cual alude, pero se tratará de una cotidianidad no rutinaria, pues a lo largo del relato revelará su situación excepcional. En esta búsqueda de empatía, no es casual tampoco la elección del título. Aunque sabemos el nombre del autor de este texto, Gavilán prefiere llamarse a sí mismo el *soldado desconocido*. En el sentido más literal, Gavilán es un personaje desconocido previamente a la publicación del libro. Por otro lado, sabemos que esta figura apela al soldado que representa la imagen de

la nación durante un conflicto armado. El soldado desconocido encarna una figura que se despoja de su individualidad para representar una comunidad de combatientes y emerger como imagen de lo nacional.

Memorias de un soldado desconocido está compuesto por cuatro capítulos donde narra sucesivamente el paso de Lurgio Gavilán por Sendero Luminoso, el Ejército y la orden franciscana, así como su regreso a Ayacucho luego de pasar algunos años estudiando antropología en el extranjero. En el primer capítulo narra su decisión de integrar Sendero Luminoso, a los doce años, llegando a ser incluso “camarada” (jefe militar de un pequeño grupo de combatientes). Su relato se inicia cuando sale de su comunidad, pocas semanas después de la masacre de Uchuraccay, donde fueron asesinados ocho periodistas por los comuneros al ser confundidos con senderistas. Esta coincidencia no es de menor importancia dado que enmarca su narrativa dentro del gran relato de la guerra interna. Gavilán se acerca a Sendero Luminoso debido a que su hermano estaba integrado al grupo. Al unirse oficialmente al grupo senderista, cambia su nombre y empieza a ser conocido por Carlos, nombre que lo acompañará hasta que abandona el ejército. El relato de estos años en que integra Sendero Luminoso se concentra en las incursiones y ataques perpetrados a la vez que incide en la geografía andina, impregnando al texto de un aliento poético que contrasta con la dureza de su vida:

El mando militar le alcanzó una escopeta a la compañera Sandra para que le disparara en la cabeza. La bala salió mortífera y puso fin a la vida del hombre. ‘Este hombre es soplón, yanauma.’ Decían nuestros mandos. Aún sentí más miedo. Los otros compañeros estaban tranquilos. La noche se hizo negra, oscura, triste y melancólica. Algunos búhos rapaces volaron con el sonido del arma. (69)

El segundo capítulo relata su vida en el Ejército, después de caer atrapado en una emboscada en la que por poco pierde la vida,

pero es rescatado por un teniente al que sólo menciona por su sobrenombre: *Shogún*. Es en el Ejército donde aprende a leer y escribir y da sus primeros pasos en el sistema escolar. También será objeto de diversas pruebas de obediencia y resistencia. En el tercer capítulo, Gavilán ingresa a un convento franciscano donde permanece varios años como fraile y se dedica a una vida de estudio. Posteriormente abandonará el convento, ya que después de unas vacaciones, dice:

Miré hacia atrás a lo largo de mi vida, y ya no pude imaginarme más en el convento. Quería ‘tener una familia, quizás un hijo, y salir al mundo como cualquier persona.’ (156)

El cuarto y último capítulo narra la vuelta de Lurgio a Ayacucho después de veinte años, ya como doctorando en antropología. Viaja desde México pensando en hacer estudios de campo mientras evalúa su propia vida y la historia más reciente del Perú. Gavilán ha manifestado que el marco de escritura se dio inicialmente entre 1996 a 1998 y a inicios del 2000. Los espacios vacíos fueron completados entre 2007 y 2010.

Memorias de un soldado desconocido se presenta como un relato que responde a las expectativas de una autobiografía tradicional: se da la coincidencia entre autor, narrador y personaje; está escrito en primera persona y apela al realismo de lo narrado. En la mayor parte, el texto se maneja a través de un tono muy sobrio, sin mayores pretensiones estilísticas, excepto en algunos momentos en que el narrador se permite observar la naturaleza y desplegar cierto tono lírico vinculándolo a su experiencia de guerra:

Todo era silencio. Era una noche clara. La vela pegada en la pared alumbraba el rostro de los guerrilleros; mientras, la luz tenue de la luna aparecía por la puerta dando al cuarto una extraña iluminación. No corría ni la más leve brisa que le hiciera parpadear a la vela que nos alumbraba. Todo estaba quieto y silencioso. Era una de esas típicas

noches en las que a uno le apetecía salir y pasar largos ratos escuchando los grillos chirriar y a las ranas croar; pero esa noche, hasta los grillos permanecían quietos. Me daba la impresión de estar paseando por las hojas de los libros escritos por los camaradas. (88)

Si bien en los cuatro capítulos la figura que Gavilán construye de sí mismo se encuentra en relación con un grupo (los senderistas, los militares, los frailes franciscanos), el centro del relato se ubica en la construcción de su propia individualidad y autonomía. *Memorias de un soldado desconocido* configura un personaje central que se autoriza a partir de su propia situación de enunciación que es la del antropólogo que retorna a Ayacucho. A partir de esta posición, Gavilán construye su propia fuente de autorización, pues no se trata sólo de la autoridad que le confiere la experiencia vivida, sino que también es el hombre de letras que rememora y alrededor de cuya vida gira la historia. Recordemos que el subtítulo del libro es *Antropología de la violencia*.

Gavilán es el centro exclusivo de su relato y por este motivo, los demás personajes quedan opacados. Este opacamiento no sólo se da en un nivel discursivo sino también en el proceso de construcción de la memoria personal. Esta construcción de Gavilán como personaje, presenta ecos de la retórica de la picaresca que, recordemos, es una de las primeras manifestaciones del narrador en primera persona que se encuentran en la literatura escrita en lengua española. Varias de sus características discursivas se asemejan a las del *Lazarillo de Tormes*. En primer lugar, el continuo cambio de “amos.” En el caso del *Lazarillo*, este intercambio representa a diversas instituciones y clases de la sociedad española de su época. En el caso de *Memorias de un soldado desconocido*, Gavilán circula entre lo que Carlos Iván Degregori llama, en el prólogo del libro, las tres “instituciones totales:” Sendero Luminoso, el Ejército y la Iglesia. Se reproduce de esta

manera la conexión entre sujeto e institucionalidad que es central para la autorepresentación de Gavilán. Si bien se da una mirada crítica desde el presente de la escritura, el relato nos presenta un individuo que se mimetiza con cada institución de la cual participa para poder sobrevivir.

Por otra parte, su discurso asume la tradición del testimonio latinoamericano que se desarrolla desde los 60s y que recupera la voz de los subalternos, de esas minorías cuyas voces no forman parte de los discursos oficiales. Gavilán asume la representatividad de estos grupos ninguneados. Si bien cuestiona las acciones de Sendero Luminoso, por momentos su discurso reproduce la justificación ideológica del grupo subversivo, confundiendo la voz del presente de la narración con la del personaje de la historia:

El asalto fue planeado días antes: entrar sigilosamente a la comunidad, burlando a los vigías, y prenderles fuego a las casas con los *yanaumas* adentro. Así fue. Estábamos en guerra, había que eliminar a los que no entendían la revolución. Nos llevamos sus alimentos. (94-95)

Notemos aquí la inclusión del *nosotros*, que colectiviza la voz del narrador, en un afán de representar también al grupo considerado excluido.

Algo que lo distancia de la picaresca es su autorepresentación como un niño, pues se trata de un sujeto que vive en precarias condiciones materiales. Su primer cambio institucional surge como producto del azar y, coincidentemente, su asimilación al Ejército es lo que da título al libro. No fue su decisión ser soldado. Su autodenominación de *soldado desconocido* se integra dentro de una lógica de representatividad nacional, pero siempre desde la posición de ese niño senderista que siempre será inocente. Al mismo tiempo, esta posición lo excluye de roles como víctima o perpetrador,

quebrando así las dicotomías rígidas que hasta el momento habían configurado los discursos oficiales sobre el conflicto armado.

Al mismo tiempo—aumentando la complejidad de este relato—tanto su posición de letrado como el haber vivido directamente las experiencias que narra son los ejes de su autoridad. Gavilán construye un relato de la precariedad para exaltar su situación de sobreviviente. Esta subjetividad, la del sobreviviente,

no remite pasivamente a la marca indeleble del pasado—el haber resistido, el haber escapado al poder concentracionario y su distribución arbitraria de la muerte—sino que, como vimos, adquiere un sentido activo en el presente: el haberse sobrepuesto a sus efectos devastadores, la voluntad de recordar, la potestad del decir, en síntesis, el asumir un lugar de agencia donde se entranan identidad, verdad y poder. (97)

Las cuatro identidades que desarrolla Gavilán confluyen en esta posición del sobreviviente que es, finalmente, la que le confiere autoridad al relato de su propia vida.

En el entramado de identidad, verdad y poder, se revelan las tecnologías de lo autobiográfico que envuelven agendas políticas que especifican quién está autorizado para narrar y juzgar la verdad dentro de una cultura (Gilmore 46). Cabe preguntarnos entonces cómo se configuran las políticas de la memoria en relación con este relato que presenta Lurgio Gavilán.

Como todo relato, las escrituras del yo se dirigen a un interlocutor y se enmarcan dentro de un contexto de recepción, y en los casos de relatos de memoria, participan además de las disputas por la memoria histórica. Como ya lo ha señalado Derrida, “es el oído del otro que firma. El oído del otro que dice y que constituye el *autos* de mi autobiografía” (51, énfasis añadido). Ese *autos* derrideano corresponde también al oído institucional a través del cual el sujeto enunciador adquiere su autoridad. Esta estructura de escucha es la que permite a todo relato autobiográfico constituirse y recrear al

sujeto que narra. La lectura, finalmente, crea al sujeto autobiográfico.

Es posible encontrar dos tipos de lecturas de las *Memorias*: las primeras y muy entusiastas que fueron encabezadas por Mario Vargas Llosa en un artículo del diario *El País* y las presentaciones e introducción que escribieron Carlos Iván Degregori y Yerko Castro. A estas se integra una ola de lecturas que proviene de intelectuales y académicos relacionados directamente con el Instituto de Estudios Peruanos, en donde se presentó el libro y posteriormente se realizó el coloquio “Diálogos por la Paz y la Memoria,” que incluyó al propio Gavilán como ponente. Otras lecturas se han manifestado sobre todo en reseñas y ponencias académicas que toman cierta distancia de los entusiasmos iniciales y rescatan las complejidades presentadas por el texto. Me refiero a las ponencias académicas de Yolanda Westphalen y Lucero de Vivanco. Veamos en detalle estas tres lecturas para ver de qué manera se ha ido afinando el “oído” que escucha el texto de Lurgio Gavilán y cómo estas escuchas articulan lugares de enunciación y autorización en las políticas de la memoria.

Uno de los primeros y más entusiastas comentaristas fue el escritor peruano y premio Nobel Mario Vargas Llosa, quien lo presentó en su columna periodística del diario *El País* de España, de la cual quiero citar algunos fragmentos y que hace mucho eco de la introducción de Yerko Castro:

El libro en que Lurgio Gavilán Sánchez cuenta su historia es conmovedor, un documento humano que se lee en estado de trance por la experiencia terrible que comunica, por su evidente sinceridad y *limpieza moral*, su falta de pretensión y de pose, por la sencillez y frescura con que está escrito. No hay en él ni rastro de las enrevesadas teorías y la mala prosa que afean a menudo los libros de los ‘científicos sociales’ que tratan sobre el terrorismo y la violencia social, sino una historia en la que lo vivido y lo contado se integran hasta capturar totalmente la credibilidad y la simpatía del lector. (n. pág.)

Y luego agrega:

Es un milagro que Lurgio Gavilán Sánchez sobreviviera a esta azarosa aventura. Pero acaso sea todavía más notable que, después de haber experimentado el horror por tantos años, haya salido de él sin sombra de amargura, *limpio de corazón*, y haya podido dar un testimonio tan persuasivo y tan lúcido de un periodo que despierta aún grandes pasiones en el Perú. (n. pág., énfasis añadido)

Ambas alusiones a la limpieza me hacen preguntar ¿qué rol juega esto de “lo limpio” en relación con la veracidad del testimonio? Parece que Vargas Llosa conecta esta limpieza moral con la medida de la autoridad textual. Por su parte, Yerko Castro en su ensayo introductorio acumula una serie de nociones similares: “narración espontánea” (20), “escribe con naturalidad” (20), “acto de autoliberación emocional” (21), “un manuscrito que contenía su vida” (18). Por su parte, Martín Tanaka, un reconocido científico social miembro del Instituto de Estudios Peruanos, hace eco de las opiniones del sector intelectual y declara que:

el gran mérito del libro es que aborda esa temática en primera persona, dando cuenta de la cotidianidad tanto de la vida senderista como de la vida del ejército en misiones contrasubversivas. (n. pág.)

Se hace evidente esa legitimación proveniente de la voz en primera persona, a la cual ya hacía alusión Beatriz Sarlo.

Vemos así que continúan las referencias a la fuerza de lo autobiográfico como herramienta metodológica o de su relevancia como género discursivo para representar la realidad. Me parece que el problema de la recepción de *Memorias de un soldado desconocido* es que se confunde esa voz en primera persona con la idea de una transparencia total entre experiencia y escritura, visión que viene sobre

todo de especialistas en ciencias sociales. Para quienes nos dedicamos al análisis del discurso y los estudios literarios y culturales, resulta obvio poner en duda la supuesta autenticidad de las escrituras del yo. Es pertinente recordar la reflexión teórica de Paul de Man sobre la posibilidad de pensar en lo autobiográfico como un modo de lectura en lugar de un género o modo de escritura. Cabe recordar también que no hay ningún mecanismo de lectura que nos permita distinguir la estricta ficcionalidad o no de lo que se nombra como autobiográfico. Pero no quiero incidir en el aspecto más teórico, aunque sí me interesa rescatar este punto de lo ficcional como componente central en lo autobiográfico. En el libro de Gavilán, la presentación de su lado más “auténtico” es lo que le confiere valor al libro, ya desde el prólogo que escribe Carlos Iván Degregori titulado “Sobreviviendo el diluvio. Las vidas múltiples de Lurgio Gavilán.” Este mismo valor de autenticidad también circula en la gran mayoría de los comentarios aparecidos en artículos periodísticos, blogs y diversas presentaciones que han dado cuenta del libro. Se trataría de un libro autorizado a partir de la relación que establecería entre experiencia y escritura.

Las ponencias de Yolanda Westphalen y Lucero de Vivanco remarcan el carácter complejo que introduce la narrativa de Gavilán. De Vivanco destaca la representación de una subjetividad no incluida previamente en la literatura sobre el conflicto armado y sitúa las *Memorias* en plena oposición con novelas que han obtenido premios internacionales pero que reflejan la narrativa oficial del conflicto. A decir de Vivanco:

No hay duda de que *Memorias de un soldado* se constituye desde un lugar de enunciación triplemente intrínseco respecto de la violencia que rememora. Lo asombroso es la manera en que desde ese lugar de enunciación se logra una armonía narrativa para lo que en la vida real parece ser un imposible: no sólo el de una palabra

que aglutina las posiciones de víctima y victimario, testigo y memorialista [...] sino también el de una subjetividad que incorpora con frecuencia una identidad colectiva, para darle una dimensión intersubjetiva a la vivencia traumática individual. (6)

Por su parte, Westphalen analiza las diferencias de este texto con el testimonio latinoamericano más clásico, enfocándose en la autorepresentación de Gavilán como letrado (posición de la cual señalé anteriormente que es su fuente de autoridad). Y recupera también la fusión individuo-comunidad: “No es la historia de un solo hombre, es la historia reciente del país.” Si bien estas lecturas añaden el aspecto colectivo de esta escritura del yo, por otra parte continúan refrendando la posible *verdad* del texto de Gavilán. No se pone en tela de juicio *la memoria como dilema*, a la que se refiere Leonor Arfuch (80), como si el entusiasmo (bastante comprensible, por cierto) frente a este decir novedoso lo autorizara automáticamente en un lugar privilegiado.

Esta casi unanimidad en la recepción del texto de Gavilán nos lleva a pensar también en cómo se están elaborando y negociando los regímenes de construcción de la verdad en el proceso peruano de construcción de la memoria histórica. Después de los cuestionamientos presentados al Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, existe una tendencia a buscar una memoria reconciliadora que integre las voces consideradas subalternas, pero sin cuestionar ni poner en tela de juicio el estatuto de dichas voces o sus lugares de enunciación, o poner en duda la idea misma de reconciliación. La gran paradoja con el libro de Gavilán es que si bien desestabiliza las dicotomías que regían el discurso oficial, las lecturas críticas que se le han hecho buscan apaciguarlo e integrarlo a los discursos que se han venido en llamar del “buen recordar,” restándole así su posible fuerza irruptora.¹

El discurso del hijo

Los rendidos de José Carlos Agüero fue publicado en febrero del 2015, también por el fondo editorial del Instituto de Estudios Peruanos. Es un libro que no permite su encasillamiento en un género discursivo, pues es a la vez memoria, autobiografía y ensayo académico. Los títulos de los seis capítulos que lo integran son: “Estigma,” “Culpa,” “Ancestros,” “Cómplices,” “Las víctimas” y “Los rendidos.” Es un libro de escritura fragmentaria que reiteradamente señala que no propone ni pretende imponer una verdad sobre su propio testimonio. José Carlos Agüero escribe desde su experiencia de ser hijo de senderistas, a quienes dedica el libro. Sus padres fueron asesinados extrajudicialmente: su padre en la masacre de los penales del 86 y su madre en una playa luego de ser secuestrada por el ejército en 1992. La dedicatoria a los padres articula la mirada de este texto, pues la elaboración sobre los afectos, que van desde el amor hasta la culpa y la vergüenza, es el eje a partir del cual Agüero cuestionará los discursos oficiales sobre Sendero Luminoso y también los discursos de las organizaciones de Derechos Humanos. En suma, de todas las instituciones que promueven el “buen recordar.” Su propuesta se expresa en esta frase:

Este libro está escrito desde la duda y a ella apela. No tiene el ánimo de confrontar las verdades predominantes sobre la guerra interna y las ideas sobre los *terroristas* desde alguna otra versión monolítica, ni otorgar una visión de parte, o proponer una justificación de la violencia apelando a lo complejo de la experiencia de los sujetos para relativizar sus culpas. (14)

Es importante destacar que Agüero es historiador de profesión y ha trabajado de cerca con diversas organizaciones dedicadas a la memoria,

como el Instituto de Estudios Peruanos. Se trata de alguien que conoce de manera profesional los debates contemporáneos sobre las políticas de la memoria, al punto de que la estructura y el discurso de *Los rendidos* se inscriben en lo que Mariane Hirsch ha llamado la *posmemoria* y que, a decir de Beatriz Sarlo designa:

una dimensión más específica en términos de tiempo; más íntima y subjetiva en términos de textura. Como posmemoria se designaría la memoria de la generación siguiente a la que padeció o protagonizó los acontecimientos. (126)

Si bien José Carlos Agüero es hijo de senderistas, él sí vivió el conflicto en su cotidianidad y es en ese ámbito de lo íntimo que se anclan los aspectos más dolorosos de sus memorias.²

Ya hemos visto que en el momento contemporáneo, las escrituras del yo tienen un lugar especial y, es posible decirlo también, privilegiado como máquinas creadoras de memoria. A contracorriente de esta tendencia, Agüero cuestiona la posibilidad de establecer una narrativa totalizante:

El testimonio no agota una experiencia. Subraya, si se quiere, un momento de dolor y agrega un componente a una identidad siempre fluida. Llamarle víctima u otra cosa, es un asunto de convenciones. (114)

Su mirada cuestiona la validez exclusiva del testimonio, de la voz de la experiencia personal y resalta la convencionalidad de esta construcción.

Agüero habla de sí y de su familia como: “Nosotros. Los que además de pobres, estábamos sucios” (30). Frente a esa limpieza con la que Vargas Llosa se refería al libro de Lurgio Gavilán, la suciedad de Agüero y su familia instaura un nuevo lugar de enunciación que remueve las conciencias tranquilas. Y pienso inevitablemente en el concepto “recordar sucio,” acuñado por Francesca Denegri y

Alexandra Hibbett. Este concepto asume la dificultad de los procesos de memoria, y atraviesa y asume las zonas grises que los complejizan. *Los rendidos* es un texto, a mi parecer, ejemplar de este recordar sucio, pues la duda y la fragmentariedad son elementos centrales de su construcción:

Estamos lejos de distinguir claramente en casi nada. El uso y el abuso de la memoria es finalmente algo que no tiene una frontera, sino quizá momentos y necesidades. (37)

En este *decir fragmentario* de Agüero reconozco inevitablemente las palabras de Sarlo:

La fragmentariedad del discurso de memoria, más que una cualidad a sostener como destino de toda obra de rememoración, es un reconocimiento preciso de que la rememoración opera sobre algo que no está presente, para producirlo como presencia discursiva con instrumentos que no son específicos al trabajo de memoria sino a muchos trabajos de reconstrucción del pasado. (138)

La ausencia de los padres de Agüero, ausencia que constituye la piedra de toque de todo este relato, ordena la fragmentariedad del discurso. La presencia de los senderistas en este texto es, precisamente, producto de los vacíos y silencios que pueblan *Los rendidos*, quizás de ahí provengan las distintas reacciones en la crítica y el periodismo, que si bien comparten una actitud relativamente celebratoria, permiten también vislumbrar cierta incomodidad.

En la reseña que el escritor y editor Jerónimo Pimentel hace para el diario *El Comercio*, se refiere a que:

tanto la narrativa de la represión como la de la revolución poseen lenguajes desde los cuales es imposible evitar lugares comunes. No pueden nacer clichés, en cambio, desde un no-lugar: ahí la realidad exige un lenguaje que la

invente. El no-lugar de Agüero es un género híbrido en el que se mezcla el ensayo con la memoria. (n. pág.)

Me llama la atención que Pimentel hable de un no-lugar, cuando Agüero sí construye un lugar de enunciación que precisamente no ha sido reconocido en los discursos oficiales. Pimentel desvía la cuestión de la subjetividad, borrando ese lugar que Agüero sí se preocupa en construir, para centrarse en los géneros discursivos. La hibridez textual es ese lugar de enunciación, que le permite a Agüero convocar la ausencia de sus padres.

Pimentel incluye una serie de preguntas que quiere entrar a la complejización de relato, y que al mismo tiempo establecen un vínculo entre el relato de lo íntimo y las disputas en el imaginario peruano sobre cómo abordar a los sujetos senderistas dentro del gran relato de esos años. Pimentel consigna esas preguntas y, aunque no las resuelve, vislumbra en la escisión (como él la llama) de Agüero un camino por el que estas políticas de la memoria pueden continuar siendo elaboradas.

Quiero detenerme en los términos en que esta escisión es planteada. Al mencionarla, Pimentel compara a Agüero con el Inca Garcilaso y José María Arguedas, dos de los escritores emblemáticos de la tradición literaria peruana. El primero, lo es por ser considerado el “primer mestizo cultural,” representante de las tensiones coloniales entre la cultura andina y la española. Arguedas, por su parte, es el símbolo del conflicto (que sería emblemático del conflicto nacional peruano) entre la cosmovisión andina y la cultura occidental que se articula en la nación peruana moderna. ¿Qué posición le cabe a Agüero al ser incluido en este grupo de escritores? ¿Cuál sería la naturaleza de esta escisión en su caso, ya que no va por el mestizaje ni por la tensión andino-occidental? Me parece que Pimentel nos está hablando de otra escisión que es encarnada en Agüero como autor: la de una nación partida en dos por el conflicto armado interno. Cabe cuestionar si ese nivel de escisión es comparable a las de Arguedas y Garcilaso, o si la extrapolación del plano de lo

íntimo hacia la política nacional no excede el planteamiento de Agüero en su propio texto, más aun considerando que en párrafos anteriores ha considerado que esta subjetividad no tiene lugar.

La negación de un nuevo lugar subjetivo se hace evidente en varias entrevistas televisivas donde es palpable la incomodidad que los periodistas sienten frente a la presencia de Agüero. Entre las diversas entrevistas, me voy a detener en la que realiza René Gastelumendi para el programa Cuarto Poder, donde me interesa resaltar el aspecto performativo del entrevistador y del entrevistado. En esta entrevista, el periodista aparece siempre sentado de espaldas a la cámara, a una distancia en la que parece estar resguardándose en un lugar seguro. Sus preguntas van en un tono algo hostil y que por momentos casi parecen cuestionar la existencia misma de Agüero y el hecho de que vivió “en el hogar del enemigo.” Por momentos revelan cierta violencia contenida y no puede evitar decirle directamente a Agüero: “Ahora te escucho pero antes te hubiera golpeado e insultado.” Habría que pensar qué cambió entre ese “antes” (¿antes de qué?) y el momento de la entrevista. Quizás sea el cuerpo presente de Agüero, el hijo de senderistas, quien le responde como ofreciéndose a cualquier reacción que le apetezca al periodista, pide perdón y con eso, lo desarma en una actitud que se asemeja al bíblico “ofrecer la otra mejilla.”

Agüero se ofrece en el libro, y en esta entrevista, como una víctima expiatoria de la culpa de los padres. Más allá de las preguntas y respuestas, esta disposición de los cuerpos durante la entrevista revela cuestiones viscerales, de afectos aún no procesados y temas aún pendientes en una agenda nacional de reconciliación. Se hace necesario pensar la reconciliación no como un espacio de encuentro sosegado, sino como un espacio de desacuerdo, donde pueden convivir incluso las disputas.

Al tratarse de un libro que introduce una nueva subjetividad, Agüero desarticula también las dicotomías establecidas en el discurso oficial, pone en cuestionamiento las nociones de víctima y victimario, y cuestiona su propia posición:

No importa si no me siento víctima y si nunca me comporté como una. El hecho es que si este mundo de normas y moral tiene algo de valor, lo soy. Al margen de mi voluntad. (69)

El cuestionamiento dislocador que efectúa su discurso se orienta a un objetivo que se presenta también como elusivo y al mismo tiempo como necesidad: la comprensión de la decisión de sus padres y de las acciones que realizaron durante la guerra, acciones que provocaron mucho dolor y muerte. Dice Agüero:

Me duele no comprender, no estar seguro de estas cosas, no poder compartir enteramente este entusiasmo que abandona el dolor como un mal punto de apoyo, a la tragedia como un error para mirar la violencia y abraza la celebración de la vida entera. (99)

Esta *comprensión* que reclama Agüero para sí mismo incluye el cuestionamiento a la labor de las instituciones de derechos humanos que, desde su perspectiva, no supieron defender los derechos de los senderistas: “Ese es un terreno y un sujeto que, hasta hoy, sigue fuera de amparo. Los derechos humanos trazaron su frontera allí, derrotados, impotentes, rendidos” (78). Me parece que este reclamo es parte de la estrategia de humanizar a sus padres que articula todo el relato. Lo cual explicaría también la incomodidad que causa este texto sobre todo en el ámbito periodístico. Se trata de un terreno donde se cruzan las tensiones entre el relato de la intimidad y la memoria pública, pues esta necesidad de comprender y recordar de José Carlos Agüero evoca a todo aquello que la sociedad peruana aún prefiere dejar fuera: los sujetos senderistas que causaron un baño de sangre y que nunca pidieron perdón. Él no es ciego frente a su situación:

siempre he sospechado que no habría mucha empatía hacia mi tipo de experiencia. Hijo de terroristas, por más que hayan sido mal matados, algo de malo tendrá. (115)

Conclusión

Los procesos de recepción de ambos libros coinciden en el tono celebratorio por la representación de voces que hasta el momento no habían sido consideradas en los discursos oficiales de la memoria, sobre el conflicto armado. También comparten el momento en que el mercado confesional privilegia las escrituras del yo en la construcción de memoria. Por su parte, *Memorias de un soldado desconocido* se presenta como un testimonio novedoso y pone en la red discursiva la subjetividad del niño senderista acunado por la autoridad del antropólogo letrado. La manera en que fue recibido por la crítica académica ha ido cediendo a una mirada que le concede una autoridad superior a otro tipo de documentos o discursos debido a su autenticidad y excepcionalidad. Esta tendencia es siempre discutible pues se orienta a un buen recordar que intenta, de modo casi ingenuo, encontrar una verdad. *Los rendidos* establece una relación entre intimidad y política que ejemplifica el concepto del “recordar sucio” y se posiciona como un dispositivo que incomoda las narrativas que se han elaborado sobre el conflicto armado. Reformula también la noción de una reconciliación “pacificadora,” y le da mayor importancia a la cuestión de la comprensión, una comprensión de la cual todavía falta mucho por elaborar, por entender en qué términos debe articularse. Reitera José Carlos Agüero: “He vivido, sí, largo tiempo buscando un lugar legítimo para escribir, para hablar y para actuar en el espacio público. Pero no ha sido ni es sencillo.” (117). Esta dificultad es

la que ponen de manifiesto el análisis de los cruces entre las escrituras del yo y las políticas de la memoria en el caso peruano.

Notas

¹ Esta noción del “buen recordar” es presentada en el volumen *Dando cuenta. Estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú (1980-2000)* editado por Francesca Denegri y Alexandra Hibbett. Ambas autoras describen este “buen recordar” como “los discursos predominantes sobre la memoria en el Perú emitidos desde las organizaciones de víctimas, de derechos humanos y por la misma CVR” (26). Una de las imágenes principales a las que recurre este tipo de memoria es:

la de la herida abierta por un episodio violento y traumático, que debe ser atendida para que cierre y cicatrice, de tal manera que el individuo, o la sociedad, pueda volver a enrumbar por un camino armonioso y productivo. Se invoca por tanto la necesidad de hacer memoria para recobrar la salud física y mental. (27)

² A fines de mayo pasado, se llevó a cabo en Lima la presentación del poemario “Enemigos,” de José Carlos. Durante esa presentación, de la cual pude participar, él dijo algo que se vincula al discurso en *Los rendidos*: que él ama y siempre amó a sus padres, pero que todo lo que ellos hicieron, todo el dolor que causaron a los peruanos, interpela lo que él sintió por ellos. En efecto, ¿cómo amar lo que es considerado monstruoso? En un punto, sólo nos queda imaginar ese desgarramiento de los afectos y esa escisión personal que debate a su narrativa entre la culpa y la reformulación del perdón.

Obras citadas

Agüero, José Carlos. *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*. Lima: IEP, 2015. Impreso.

Bruce, Jorge. *Asuntos personales. La experiencia interior en la vida contemporánea*. Lima: Peisa Editores, 1995. Impreso.

Catelli, Nora: *La era de la intimidad*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007. Impreso.

De Man, Paul: *The Rhetoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press, 1984. Impreso.

Derrida, Jacques: *The Ear of the Other: Otobiography, Transference, Translation*. New York: Schocken Books, 1984. Impreso.

Gastelumendi, René. “En busca del perdón. La historia de José Carlos Agüero.” Entrevista del programa *Cuarto Poder*. 14 de julio 2016. Youtube.

Gavilán, Lurgio: *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*. Lima y México: IEP y Universidad Iberoamericana, 2012. Impreso.

Pimentel, Jerónimo: “Perdón y reconciliación: *Los rendidos* de José Carlos Agüero.” *El Comercio*. 22 de Mayo de 2015. Red. 24 de Mayo de 2016.

Richard, Nelly: “El mercado de las confesiones.” *Revista de Crítica Cultural* 26 (junio 2003): 30-36. Impreso.

Sarlo, Beatriz: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005. Impreso.

Sibilia, Paula: *La intimidación como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009. Impreso.

Tanaka, Martín: “La voz del soldado desconocido.” *La República*. 11 de noviembre de 2012. Red. 12 de Mayo de 2016.

Vargas Llosa, Mario. “El soldado desconocido.” *El país*. 6 de diciembre 2012. Red. 12 de Mayo de 2016.

Vivanco, Lucero de. “El ‘después del indigenismo’ en la literatura peruana de la violencia política. A propósito de *Memorias de un soldado desconocido* de Lurgio Gavilán Sánchez.” Ponencia presentada en el *Sexto Congreso Internacional de Peruanistas en el extranjero*. Washington DC. Octubre de 2013. Mimeo.

Westphalen, Yolanda: “Memorias de un soldado desconocido. Autobiografías, memorias y el pensamiento decolonial.” Ponencia presentada en el Simposio Internacional *Estudios decoloniales y postcoloniales en México y Perú: Nuevos aportes a la teoría cultural latinoamericana*. Lima, Agosto de 2013. Mimeo.